

PRÓLOGO

Con una novela corta, *12 Flores*, surge un escritor de fuste, David Leiva. Tenía noticias de que el autor era una persona a la que se le daba bien la escritura por ser conocedor de sus artículos y estudios dedicados al mundo del flamenco. Ahora bien, no es lo mismo el material que de él conocía a la lectura del manuscrito de una obra literaria como una novela del calado de *12 Flores*.

El escritor muestra un relato en el que, a partir de una estructura firme y a la vez flexible, sumerge al lector hacia una carretera de curvas y repechos donde has de estar muy atento para ir descubriendo la trama que nos presenta. La narrativa en la que se ha basado David no es lineal sino más bien concéntrica. El libro está escrito a partir de redondeles que se van interrelacionando entre ellos. Da la impresión de estar ante una alberca amplia llena de agua y estar jugando a tirar piedrecillas saltarinas. Solo los poseedores de un estilo propio logran que en la superficie del agua se dibujen, a cada salto que da la piedrecilla, esos círculos que sobre todo a los que han sabido conservar alma de niño les produce sensaciones reconfortantes.

Estilo propio, sello distintivo, voz narradora con personalidad se comprueban con la lectura de las *12 Flores*. Estilo, sello y voz forman el trío que conduce desde principio a fin la novela. Además, en el caso de David, su forma de ser también es su forma de escribir. Por tanto, a partir de esta premisa, la sencillez en perfecta conjunción con la armonía y la serenidad, se expresa David Leiva en esta narración, exactos atributos de cómo él se muestra en sus quehaceres diarios.

El autor construye la novela sin alharacas, sin pretensiones, sin hacer ver que sabe perfectamente lo que es la literatura. El escritor de las *12 Flores* parte de sus antepasados familiares, también de su familia cercana, su gente que, a lo largo de doce capítulos, nos transporta a espacios andaluces llenos de ternura y amor. La misma ternura y amor que utiliza cuando desplaza el relato a espacios catalanes.

Una especie de caja mágica es el centro de los redondeles a los que hacía referencia. Por unas determinadas circunstancias, los distintos personajes que aparecen en la novela ofrecen escenas de misterio, de miedo, de secretos a buen recaudo, de sutiles amenazas, de escondites, de los intereses de coleccionistas de antigüedades, de hombres que aparecen como sombras en momentos inesperados. Unos sumandos muy bien conjugados colocan al lector ante situaciones que le provocan un estado de ánimo que no le permite descansar. Es decir, detrás de una página estás esperando conocer qué va a

ocurrir en la siguiente. Te enganchas a la narración y te es muy difícil coger unos minutos de descanso.

El cariño y la delicadeza con que el autor destaca a «los hermanos», refiriéndose a dos de los personajes de la novela, es tan sublime que empuja al relato hacia unos cauces que solo el amor es capaz de producir. Y de amor y sus afines también va la novela. Amor por el arte, la cultura, la inquietud, el aprendizaje, la música, la amistad, el conocimiento, la belleza, lo terrenal, lo espiritual y la búsqueda de la trascendencia.

La novela *12 Flores* la ha escrito David Leiva por pura necesidad. La mejor manera que ha encontrado para rendir agradecimiento a su gente. Y esta decisión la ha querido compartir desde la verdad, la suya, personal e intransferible, con aquellos que tenemos la suerte de compartir vivencias y apuestas musicales con el compositor, pedagogo, transcriptor de la oralidad a la escritura musical, intérprete, hacedor de complicidades y guitarrista flamenco de enjundia.

Quizá lo que no se esperaba el padre de «los hermanos» es que, por pura necesidad, ha nacido en él otra faceta quizá escondida en alguna ranura de la caja mágica, la de darse a conocer como un gran escritor.

Luis Cabrera